

BIOGRAFIA DE D. MARIANO DEL AMO Y MORA

POR ANTONIO RAMOS LOPEZ † (DE GRANADA)

PREMIADO CON DIPLOMA DE HONOR
EN EL CONCURSO DE PREMIOS DE 1935

El tiempo, al llevarse las horas de la vida, arrebató también las remembranzas de muchos instantes que se borran en las lejanías crepusculares, como si no hubiesen existido jamás. Mas no todos los recuerdos perecen. Y así sucede que nos acordamos, de pronto, de cosas y personas que ocuparon nuestro espíritu, y de las que ya casi perdimos su memoria. Esos vagos fantasmas reviven bruscamente a la evocación de un nombre, de una frase, de un episodio; ante la contemplación de un retrato, de un paisaje, de un libro; y con ellos retornan momentos del pasado perdido, que creíamos muerto del todo, y que revierte con su ambiente pretérito, sus costumbres extrañas, sus modas pasadas, su tono arcaico, todo cuanto admirábamos en los claros días de las primaveras que se fueron para no volver.

La memoria del sabio botánico don Mariano del Amo y Mora cuya biografía es uno de los temas del Certamen convocado por la Academia Nacional de Farmacia en el primer curso, despierta la memoria del emborronador de estas cuartillas. Su recuerdo es el recuer-

do de una juventud lejana, perdida en las brumas del pasado. Alcanzó a conocer la figura venerabilísima del entonces ya anciano profesor, y recibió sus enseñanzas en los postreros años de su ministerio docente.

Nació nuestro botánico en la villa de Madrid, el día 16 de julio de 1809.

En el libro de bautismos número 33, folio 63, de la Iglesia Parroquial de Santa Cruz, aparece la correspondiente inscripción, según la cual, fueron los padres del neófito don Castor del Amo, natural de Rodilana, Obispado de Valladolid, y doña Francisca Mora, de Segovia, moradores en la calle del Salvador, número 16, de dicha jurisdicción parroquial. Amadrinado por su tía doña Bernarda González, recibió las aguas bautismales al día siguiente de su nacimiento, de manos del presbítero don José de Aribas.

En plena niñez inició nuestro biografiado su marcha estudiantil. Nueve años cuenta, cuando el testimonio escrito de la Secretaría general de la Universidad de Madrid nos presenta al pequeño Del Amo dando los primeros pasos en la vida escolar. De 1818 al 21 estudia Gramática latina. Lógica, del 21 al 22. Filosofía moral y Derecho, del 22 al 23. Física experimental, del 24 al 25. En 25 de octubre de 1826 recibe el grado de Bachiller en Filosofía. Desde el año 1825 al 29 estudia y aprueba, con las censuras de Sobresaliente, los cuatro años de Farmacia, recibiendo el grado de Bachiller en dicha Facultad el 15 de julio de 1829; el de Licenciado, en 17 de julio de 1834, y el de Doctor, en 1.º de junio de 1846. Durante el periodo del Bachillerato y el de la Licenciatura en Farmacia simultanea sus estudios con el del Francés y el Inglés. Más tarde, en los años 36 al 38 cursa la lengua griega. Luego también de la licenciatura, del 34 al 35, sigue un curso de Mineralogía, y dos de Zoología, del 40 al 42. El año 35 estudia Botánica general con don Mariano Lagasca; el 38, un curso de Agricultura, y bajo la dirección del profesor don José Demetrio Rodríguez, cuatro años de Botánica. He aquí una vida estudiantil ejemplarísima que comienza su segunda enseñanza a los nueve años de edad y termina la universitaria a los treinta y siete, si es que puede llamarse término, para un hombre que estudiará siempre, el jalón que fija en su carrera una documentación oficial.

Veintiocho años de actividad escolar suman un caudal de conocimientos largamente, sólidamente acumulado; significan una prepa-

ración excepcional, de la que no tardaría en beneficiarse la Ciencia. Pronto es reconocido su mérito científico. Su Majestad le nombra, en 6 de noviembre de 1843, profesor agregado, en propiedad, de la Facultad de Ciencias Médicas, de Madrid, y en 28 de septiembre de 1845, regente agregado, en propiedad, de la Facultad de Farmacia. En 5 de agosto de 1846 verificó, y le fueron aprobados, los ejercicios de regente de segunda clase en Ciencias. En julio del 44 actuó como juez del Tribunal de exámenes de Lengua griega en el Instituto de San Isidro. El año 46 explicó un cursillo de Materia farmacéutica, conforme a lo prevenido en las instrucciones de aquella época. En 30 de enero del mismo año fué nombrado Bibliotecario de la Facultad de Farmacia. En abril del 47, nombrósele por la Dirección de Sanidad militar, Juez de las oposiciones a segundos ayudantes de Farmacia. En el transcurso del año 49 obtuvo, sucesivamente, los nombramientos de Vocal de la Comisión encargada de redactar un Manual de las aguas medicinales del Reino; Vocal de la Junta Municipal de Madrid, en concepto de Profesor de Farmacia; Vocal de la Junta general de Agricultura, y Juez del Concurso para la provisión de la Cátedra de Historia Natural de la Escuela de Ingenieros de Montes. En mayo de 1850 designósele Censor de número del Tribunal de Oposición a la plaza de Médico director de los baños de Tierma (Zaragoza). En el mismo año quedó nombrado Auxiliar de la Carta geográfica de la provincia de Madrid, con destino a la Sección de Botánica. Y en 30 de agosto del mencionado año de 1850, S. M. la Reina se sirvió nombrarle, en propiedad, Catedrático de la primera asignatura de la Facultad de Farmacia, de nueva creación en Granada, como premio a sus méritos y servicios. Al frente de la nueva Facultad, solo, desde su instalación, y valiéndose de sustitutos seleccionados por él, entre los más sobresalientes de la clase farmacéutica granadina, acudía a todas las necesidades del servicio reemplazándolos personalmente en los casos de ausencia y enfermedad, y procurando, además, cuantos objetos y materiales requiriera la enseñanza, durante los primeros años que siguieron a su establecimiento. En 1851 encargóse de la segunda asignatura, que desempeñó dos cursos seguidos, en tanto proveía el Gobierno de Su Majestad las plazas, todas vacantes, de las demás asignaturas. Reclamada por el interesado la gratificación correspondiente a sus trabajos extraordinarios, declaróse no haber lugar a la demanda, y que sólo sirviera de mérito en su carrera. En

enero de 1853 quedó nombrado Decano efectivo, ya que el cargo lo había desempeñado interinamente, hasta dicha fecha, por designación del Rector de la Universidad. La Real Academia de Ciencias premiaba, en 1861, una Memoria suya que versaba sobre varios puntos de botánica. El Instituto Farmacéutico Aragonés le nombraba miembro suyo, en calidad de socio de mérito en abril de 1856 (1).

El cúmulo de méritos y circunstancias que concurrían en el doctor del Amo, y el historial de que venía precedido al llegar a Granada, determinaron su nombramiento para multitud de cargos en Juntas, Comisiones y Corporaciones, en todas las cuales pronto se advertía su incansable actividad. Por Real orden de 20 de noviembre del 1860, S. M. la Reina tuvo a bien nombrarle Vocal de la Junta Provincial de Sanidad, en clase de farmacéutico, para el bienio del 61 al 62, Junta que, en sesión de 28 de enero del año siguiente, le designó secretario de la misma, cargo que reiteradamente desempeñó en sucesivas renovaciones bienales hasta 1867.

El Ministerio de Fomento le nombra Vocal de la Junta de Agricultura, Industria y Comercio en febrero de 1860. Al constituirse dicha Junta, quedó elegido para el cargo de secretario. La particularidad de nombrarle secretario de casi todas las Juntas de que formaba parte, denota sus especialísimas condiciones para ordenar, catalogar, clasificar—labor de botánico—, igualmente aplicables a las especies vegetales que a cuanto sus manos tocaron. Excelentes aptitudes para el papeleo, y afición desmedida para tales menesteres; sabido es que los individuos que poseen esas cualidades, pronto las manifiestan y se hacen insustituibles en los cargos.

Por acuerdo de la Junta General de Agricultura, nombrósele individuo de la Comisión que había de proponer lo conveniente acerca del programa de la Exposición Universal de Londres. En junio de 1864, con ocasión de presentarse una plaga de langosta en Las Albuñuelas, el gobernador civil de Granada requirió el auxilio de las personas competentes para extinguirla. De la Comisión que hubo de nombrarse, formó parte don Mariano. El celo y demás recomendables cualidades del doctor del Amo debían de estar ya acreditadas en

(1) Los datos expuestos están tomados de una relación, autógrafa, de los méritos y servicios del doctor don Mariano del Amo y Mora, decano de Farmacia, desde que fué nombrado Regente agregado de la Facultad de Ciencias médicas de Madrid, hasta Junio de 1871.

Granada cuando, en 1863, las estampaba en papel de oficio don Joaquín Alonso, a la sazón gobernador civil de la provincia, al invitarle para que, en unión de otros señores, también de categoría, formasen una Junta inspectora y fiscalizadora, destinada a cortar los abusos, que venían cometiéndose en el avituallamiento y racionado, de los infelices confinados en el presidio de la capital. Por las muestras, don Mariano servía para todo. Pero su sede estaba, naturalmente, en los centros culturales. La Academia de Ciencias y Literatura del Liceo de Granada le elegía, en Junta general, presidente de la Sección de Ciencias Médicas y Naturales. Era el Liceo, albergue de la intelectualidad granadina en aquella época, centro de donde irradiaban, la literatura, las ciencias y las bellas artes, cuyas figuras representativas tenían los nombres de Alarcón, Paso y Delgado, Gómez Moreno, Riaño, Vila Fernández y González, Rada, Eguilaz, Ganivet, Valladar, Afán de Rivera, y tantos otros que dejaron escrito, con tintas de oro, su brillante historial. Historial que culmina en el apoteósico acto de la coronación del inmortal Zorrilla, en 1889, entra luego en franca decadencia, y termina, lamentablemente, en nuestros días. Otra sociedad prestigiosa, que conserva renombre y prestigio a través del tiempo y de sus vicisitudes, la Real Sociedad Económica de Amigos del País, le acogió en su seno y le contaba entre los escogidos, en calidad de socio de Honor y Mérito.

Labor callada, pero de resultados eminentemente positivos es la que realiza, en 1861, como individuo de la Junta creada, en aquella fecha, para entender en todo lo concerniente al Jardín Botánico; y como vocal de otra comisión inspectora encargada del arreglo y dirección de la biblioteca universitaria, un año más tarde. No deja de tener interés la parte administrativa de la carrera de nuestro biografiado. Son curiosos los datos que nos suministra el certificado, expedido por la Secretaría general de la Universidad, a instancia del interesado, al incoar su expediente de jubilación, en 15 de septiembre de 1892. El citado documento acredita que, por R. O. de 30 de agosto de 1850, fué nombrado catedrático de la asignatura de Materia farmacéutica mineral y animal, con el sueldo de 12.000 reales; tomó posesión, el 23 de septiembre de dicho año. Por R. O. de 4 de octubre de 1858, fué ascendido al número 210 del escalafón de catedráticos, con el sueldo de 14.000 reales. Por R. O. de 12 de abril del 63, se le concedió la categoría de ascenso, con 18.000 reales. Y por otra R. O., de 24 de

julio de 1868, se le confirió la de término, con el haber anual de 22.000 reales. Por orden del Presidente del Poder ejecutivo de la República, en 10 de mayo de 1874, fué ascendido al número 89 del escalafón, con el aumento de sueldo de 500 pesetas sobre las 5.500 que disfrutaba. Con arreglo a lo establecido por la ley de presupuestos, de 31 de diciembre de 1881, se le concedió, por R. O. de 1.º de enero de 1882, el sueldo anual de 7.500 pesetas, que estuvo percibiendo hasta fin de julio de 1892 en que cesó en el cargo de catedrático, por haber sido jubilado por R. O. de 26 del mismo mes, habiendo actuado en su labor docente, sin interrupción, desde que tomó posesión de la cátedra.

Pertenecía nuestro sapientísimo naturalista al linaje de hombres retraídos y estudiosos que afrontan los problemas con la decisión premeditada, inquebrantable, de que no queden en pie. Y les dedican toda su vida. En contraste con el sabio de relumbrón, empénachado de retoricismos gárrulos y espumantes, suele darse, de tarde en tarde, el caso de un tal Del Amo, corto de verbo, pero no por penuria intelectual, sino por discreción, que dedica por entero su existencia a hacer obra sólida, sin oquedades sonoras y brillantes, obra perdurable, de recia textura desafiadora del tiempo, obra que culmina, entre el asombro de propios y extraños, en su magistral "Flora de la Península Ibérica."

Autor de numerosas obras científicas, se inicia con su colaboración en la revista de Calvo Asensio "El Restaurador Farmacéutico". En 1848, en unión con don Vicente Cutanda, produce el "Manual de Botánica descriptiva", obra entonces única en su clase, declarada de texto, desde el siguiente año, y calificada por el Consejo de Instrucción. En "La Botánica y los Botánicos de la Península Hispano Lusitana" (Colmeiro, 1858), el autor dice del profesor del Amo: "Dióse a conocer como botánico en 1848, cuando su nombre apareció unido al de Cutanda, en el "Manual de Botánica Descriptiva", publicado por ambos en Madrid, y es creíble que haya suministrado mucho de lo concerniente a las plantas espontáneas de las inmediaciones de la Corte, si bien respecto de las cultivadas en los jardines de la Ciudad Lineal, debió tener por innecesarias las indicaciones geográficas, supuesto que carece de ellas la mencionada obra. La vegetación en Granada debe a Del Amo, algunos estudios hechos con Pedro del Campo (1), boticario

(1). Primer farmacéutico revalidado, en 1854, en la Facultad de Farmacia de Granada.

de aquella localidad, habiendo publicado los dos, en 1855, en la revista de los "Progresos de la Ciencia", que sale en Madrid, un trabajo titulado "Especies de plantas nuevas", donde se halla la descripción de dos de Linaria y una Centuara, encontradas por Del Campo en la Sierra Almiijara." En 1849, presentaba un "Catecismo Rural" al concurso público convocado por el Gobierno, teniendo como recompensa la primera Mención honorífica, la publicación de una Real Orden, que disponía fuese computado dicho galardón, como mérito, en su carrera, y el nombramiento de Vocal de la Junta General de Agricultura. Más tarde, en 1889, dió a la estampa el citado "Catecismo", cuya primera página es una sentida dedicatoria a la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Justifica el título de Catecismo, porque la forma dialogada le ha parecido la más a propósito para fijar las ideas en la inteligencia de los niños y de las gentes sencillas.

En 1860, acudía al concurso abierto por la Real Academia de Ciencias, con un trabajo sobre el tema. "Distribución Geográfica de las familias de las plantas crucíferas, leguminosas, rosáceas, sarsolíceas, coníferas y gramíneas de la Península Ibérica", que le valió una Medalla de oro y la impresión de la Memoria a expensas de la Academia (Volumen 5.º del año 1861). Otra de sus obras es el "Opúsculo descriptivo de las plantas nuevas o poco conocidas del reino de Granada", impreso en Madrid (1861), y publicado, además, en los primeros números del "Restaurador farmacéutico", correspondientes al citado año. Suyo es el "Programa y resumen de las lecciones de materia farmacéutica, mineral y animal", obra impresa en Granada (tres ediciones, 1864, 69 y 71), y declarada de texto por Real Orden, de conformidad con el dictamen del Consejo de Instrucción pública.

Al detallar, en el prólogo de su "Manual de Botánica descriptiva", el objeto particular de la obra, los medios y fuentes de que se ha valido y las reglas que ha tenido presentes en su redacción, lamentase, no sólo de la falta de una Flora general, a la que medianamente cuadren las circunstancias exigidas en obras de tal naturaleza, sino que aún son poco numerosas las de una circunscrita latitud. "Quizás más adelante—escribe—, si el público acoge con benignidad este trabajo, podamos ofrecerle otro más importante." En 1849 aludía, sin duda, a su monumental "Flora", que ya le bullía en el magín. En efecto, en 1870, aparece su célebre "Flora criptogámica de la Península Ibérica", en un tomo de 849 páginas, precedido de una breve introduc-

ción gala de los conocimientos geográfico-botánicos que poseía el autor, especie de mapa explicativo para el estudio de la estación de los vegetales que describe. Sucesivamente, da a la publicidad, en los años 71 al 75, los seis tomos de que se compone la "Flora fanerogámica de la Península Ibérica", con un total de 3.546 páginas. Estos volúmenes, que constituyen la flora completa de nuestra Península, han sido, hasta época muy reciente, los dos únicos Tratados descriptivos generales de la riquísima flora hispánica, escritos en lengua castellana, y aún son consultados con fruto en la actualidad, especialmente su parte fanerogámica (1). Una veintena de años consume el infatigable doctor Del Amo en la preparación de su obra, con sus trabajos de gabinete y sus excursiones a la Sierra Nevada, en tiempos en que era empresa temeraria pretender ganar las alturas inaccesibles de la región de las nieves perpetuas. El tranvía lleva ahora al excursionista hasta las proximidades de un comfortable hotel, enclavado en los primeros escalones de la Sierra. De otra parte, una magnífica carretera abre amplio camino a los autos y los deja elevarse, rodando hasta las altas cumbres. Llegar al Veleta es hoy un placer que cualquiera puede permitirse en el breve tiempo de unas horas. Refugios, restaurantes, albergues y hasta un bar a la moda, de todo eso encuentra el turista en lo más abrupto de la Sierra. ¡Pero entonces! Cuando nuestro botánico la recorría—la gateaba, mejor dicho—en busca de especies botánicas no catalogadas, asusta pensar las penalidades que sufriría, las privaciones y fatigas que experimentaría, los peligros a que se vería expuesto, las contrariedades de toda índole con que tropezaría, en un empeño que las gentes sensatas consideraban como cosa de locos. Con la publicación de su "Flora" el nombre de nuestro botánico rebasa los límites nacionales, salva las fronteras y halla eco en las Universidades, las Academias y los centros culturales del viejo y del nuevo Mundo. Del Amo queda consagrado como un sabio de fama universal. La "Galería de hombres célebres de Nueva York" (2) le hace figurar en el número de

(1) Reseña histórica de la Facultad de Farmacia de Granada, por el doctor don Carlos Rodríguez López Neyra, catedrático de Mineralogía y Zoología (Santiago, 1914.)

(2) Dondequiera que aparece tratada la figura de don Mariano del Amo, le acompaña esta cita de la galería de hombres célebres de Nueva York. Deseosos, nosotros, de averiguar cual sea concretamente esa galería, donde está y en qué consiste la representación plástica—estatua, busto, retrato o simple inscripción morai—de los nombres que conmemora, hemos consultado, con resultado negativo, las

sus escogidos. En 1888 presenta su "Flora" en la Exposición Universal de Barcelona, y es premiada con Medalla de oro de primera clase. Botánico de excepcional competencia, era tanta su práctica, que, ya ciego, distinguía las especies por el tacto.

La magnitud de la obra del doctor Del Amo y su cualidad de primera y única en su época, justifican la resonancia que alcanzó entonces. Viene más tarde la crítica serena, fría, meticulosa, y habla por boca de los maestros. Lázaro e Ibiza en su "Flora española", página 34, tercera edición, expone: Las obras tituladas "Flora fanerogámica de la Península Ibérica", en seis tomos (1871-1873), y "Flora criptogámica de la Península Ibérica", en un tomo, forman en conjunto un tratado general descriptivo de las plantas de la Península, escrito en latín y español, sin figuras, y constituyen una obra valiosa. Las descripciones son extensas y bien hechas; pero en lo referente a las especies que en ella se indican habría hoy bastante que rectificar, sobre todo en criptogamia."

El novel catedrático de Botánica de la Facultad de Farmacia de Granada enjuicia así la obra de Amo y Mora: "Las descripciones extensas, en español, que acompañan a la mayoría de las especies están bien hechas, como dice Lázaro e Ibiza, y, por consiguiente, nos ofrecen la comodidad de su lectura, como escritas que están en nuestro idioma. No obstante, para el rigor de una buena determinación, es imprescindible acudir a la obra de Willkomm "Prodromus Florae Hispanicae", que es la más completa y perfecta que se ha escrito sobre nuestra Flora. En ella se incluyen muchas más especies y se rectifican no pocos errores de la obra de Amo y Mora. Refiriéndose a la misma, el señor Cortés insiste, en sus "Lecciones de Fanerogamia", página 23: "No es obra tan rigurosamente acabada como la de Willkomm, pe-

más voluminosas enciclopedias, y las descripciones, más completas y minuciosas, de la capital de los Estados Unidos. Infructuosas han sido también las gestiones realizadas, con el mismo objeto, cerca del Consulado español de Nueva York y de nuestra Embajada en Washington, cuyo personal, a juzgar por las contestaciones recibidas, tomó con raro calor oficial el cumplimiento de nuestras demandas.

Igualmente nulas han resultado las investigaciones practicadas por la Casa de España en Nueva York. Y, lo que es más extraño, las realizadas personalmente, sobre el terreno, con cariño de cosa propia, por nuestro compatriota, amigo y colega, el conocidísimo farmacéutico, don Antonio Casal Soto, residente en Nueva York. Quede aquí en constancia de gratitud a todos, especialmente al incommensurable Casal Soto: hombre bueno entre los buenos, enamorado de la Farmacia, siempre en su papel de apóstol del civismo integral, y cuyos trabajos en las revistas profesionales, mientras vivió en España, fueron deleite espiritual de la clase farmacéutica.

ro tiene la ventaja de estar escrita en nuestro idioma." Con perdón de tan ilustres censores y arregladores de programas, apuntes y pequeños textos de Botánica, de segunda enseñanza, y de la otra, extraen sus materiales, recurso fácil, cómodo y sencillo del que saben aprovecharse los hábiles artifices de la tijera.

*
* *

Por decreto de 28 de agosto de 1850, fué creada la Facultad de Farmacia en la Universidad literaria de Granada. Una R. O. de 30 del mismo mes y año, confería la categoría de catedrático numerario a don Mariano del Amo y Mora, profesor agregado, hasta entonces, de la Facultad de Farmacia de la Central, con la misión de fundar las nuevas enseñanzas, en la capital del antiguo reino granadino. Valiéndose, primeramente, de auxiliares o substitutos interinos seleccionados, fué organizando las distintas disciplinas constitutivas de nuestra carrera, hasta que, poco a poco, quedaron provistas en catedráticos numerarios. El plan de interinidades duró algunos años. La normalidad no llegó hasta el 1864 en que se cubrieron, en propiedad, todas las cátedras: Decano, el señor Amo, y Catedráticos, los señores Bassañaga, Mallo, García Cabrero, Velasco Pano y López Jordán. Instalada la Facultad en sólo dos grandes salones correspondientes al patio central del edificio de la Universidad, convertidos, luego de otras ampliaciones, en laboratorio de Farmacia práctica y Química orgánica, sirvieron, no obstante, en la primera época, como aulas y laboratorios conjuntamente, para todas las asignaturas.

Al tratar de la fundación de nuestra Facultad surge esta interrogación:

¿Cómo fué acogida en la ciudad una concesión de tanta importancia? No sería aventurado suponer, que con la más absoluta indiferencia, fuera de los medios intelectuales y, dentro de estos, con el mirar de reojo que hubo siempre, y continúa habiendo, para la cenicienta de la Universidad. Además, en la prensa local de aquellos tiempos no hay mención del hecho. Por entonces se publicaban en Granada "La Encomienda", diario satírico; "El Círculo", bisemanal; "La Crónica", revista mensual; "El Intermedio", periódico de novedades y anuncios y el "Album Granadino", revista literaria.

En cuanto a los profesionales con Farmacia abierta, acaso un vago presentimiento les inquietaría al barruntar la tormenta que

les amenazaba: la concurrencia que inevitablemente tenía que salir del nuevo horno de licenciados. (1)

Concurrencia que ha ido creciendo, en progresión aterradora, hasta llegar a los actuales momentos de crisis, cuya solución nace vislumbra. En aquel punto y hora comenzó a incubarse el inquietante problema de la abundancia de profesionales, fuente y raíz de todos los males que amenazan dar al traste con la Farmacia.

Decíamos de la estrechez de los antiguos locales. En lucha constante con la cicatería oficial, sucesivas reformas, ampliaciones y adaptaciones iban dando acomodo, al correr de los tiempos, a las crecientes necesidades de la enseñanza y del número, cada vez mayor, de aspirantes y pretendientes al título de farmacéutico. Con todo, hasta mediado el curso académico de 1921-22 no tuvo la Facultad vida propia en local propio: el actual edificio logrado a tanta costa por los anhelos del claustro, la perseverancia y los afanes del inolvidable tercer decano D. Bernabé Dorronsoro, y la protección decidida del granadino exministro de Instrucción pública D. Natalio Rivas Santiago. ¡Pero la antigua Facultad! La antigua Facultad tenía sus estancias, sus rincones, sus primitivas instalaciones, sus viejos bancos, su ambiente, su alma... Este era su interés psicológico, documental, emotivo, anecdótico. La Facultad era la crónica, la vida, el espejo de D. Mariano y el día en que el ciego desapareció se quedó, definitivamente, sin espíritu. Para eso tenía que desaparecer también ella. Perdonad. Aquella Facultad era la auténtica, la nuestra, donde quedaron los años mozos que hoy recordamos con el sabor de ceniza del tiempo sobre los labios.

¿Cómo era el hombre? De la primera mitad de la vida de D. Mariano,

(1) Reducidísima la matrícula en los comienzos de la Facultad, los cinco alumnos que la inauguraron, en 1850, salieron farmacéuticos, el año 54, por este orden: Pedro del Campo, revalidado en 9 de junio de dicho año, Miguel Moyano y Gregorio Lapresa, el 10 del mismo mes. Los tres fueron aprobados por unanimidad. José Molinero, el 7 de noviembre y Bernardo Girela, el 18 de diciembre. Aprobados, ambos, por mayoría de votos. Componían el tribunal, del Amo, Sáez y López Jordán.

La matrícula del actual curso académico de 1934-35, arroja las siguientes cifras: 277 alumnos oficiales y 327 libres, en total 604, cifra elevadísima, que aun crecerá más, con el contingente de examinandos que aporte la matrícula libre, de la convocatoria del próximo septiembre. En junio último salieron licenciados 55 farmacéuticos, cifra incompleta, a la que habrá que sumar, a fines de septiembre venidero, uno o dos guarismos.

no hay más noticias de las de carácter académico. La segunda, desde su aparición en Granada, sí es bien conocida. ¡El eximio botánico! Yo le recuerdo con la precisión de todo lo que al entrárenos por los ojos, se apodera de nuestra simpatía, y casi simultáneamente de nuestra admiración. Para no abandonarnos nunca. Veo al ancianito, el rostro neto en su enjutez senil, las pupilas nubladas y triste el gesto, entre cansado y nostálgico, harto de vivir. ¡Que clara nobleza y que fuerte distinción en aquella fisonomía, que tantas veces reflejaría en su juventud las divinas irisaciones de la ilusión y que luego, entonces, marcaba ante nosotros la acidez de la experiencia! Vivía modestamente y en absoluto aislamiento. En nuestro país el talento que se esconde, se incomunica de sus contemporáneos. Si no sabe brujulear a la pesca de relaciones, simpatías y provechos, su destino es la soledad y el silencio; si no sale a la calle a batirse con la vida se expone a morir casi ignorado.

Pero ciertos caracteres no capitulan con la realidad, persisten en su aislamiento, sin obtener granjerías provechos, hasta sucumbir. Nuestro Del Amo pertenecía a esa categoría intelectual. Por eso no aspiró a volver a la Corte ni sintió la ambición de los altos puestos. Su carácter le cortó las alas, y el ambiente granadino hizo lo demás. Como para tantos otros forasteros insignes, Granada fué para él la meta en el itinerario de su vida; porque Granada tiene todo lo que puede tener la mejor de las ciudades italianas: Piedras eruditas, tradición, leyendas, cielo, fragancia, luz... y la Alhambra por añadidura. Granadino de adopción, bien hallado y mejor acogido en esta tierra hidalga, los días de D. Mariano transcurren con sujeción a un orden invariable. Diríase un monje exclaustro que, por la fuerza de las costumbres y el influjo del hábito adquirido, conservará por siempre, en la vida mundana, hábitos, costumbres y disciplina monacales. De carácter raro, más que sombrío, sus rarezas se agudizan alrededor de fémica. Odia a la mujer, sobre todo a la mujer joven. Célibe recalcitrante, esquivo el contacto de ella. Su corazón parece ocultar un drama íntimo, uno de esos dramas terribles que, al dejar huellas profundas, entenebrece por siempre la vida de algunos hombres. Cuarenta y un años cuenta cuando aparece en Granada. Su juventud ha transcurrido en los medios cortesanos. Varonil, tiene figura y presencia, su talento le prepara un porvenir brillante, maestro en lo suyo y docto en lo de los demás, su trato es ameno y esmeradísima su edu-

cación. Un joven de tales condiciones, no es verosímil que viviera en Madrid, al margen del trato social. Acaso lo frecuentara demasiado, y hallará en él a la mujer fatal, torcedora del rumbo de su vida. El pasado íntimo de don Mariano quedó en las sombras; jamás hizo alusión a él. Su fobia amorosa le hacía ser intransigente con los enamorados; los novios le ponían furioso. Una linda muchacha (cargada ahora de nietos), hija de la familia adoptiva de don Mariano, tuvo que recurrir a miles de tretas, para ocultarle su noviazgo y su casamiento, con el entonces joven y hoy respetable señor (1), a cuya bondad y excelente memoria debemos estas notas. De no haber procedido con cautela los novios, el rompimiento del huésped con aquella familia, hubiera sido inevitable. Aquel corazón, seco para el amor, tenía rincones de blandura fáciles a las vibraciones de otros sentimientos. Así, acudía con solicitud al remedio de la desdicha ajena; bastaba lloriquearle para que su bolsa se aflojara. En tales casos hacía préstamos de dinero, sin interés ni devolución. Cuéntase que más de uno aprovechóse, sin reparo, de la singular munificencia del viejo profesor.

Para sus asistentes era don Mariano un hombre rutinario; un horario fijo, marcado de una vez para siempre, regulaba todos sus movimientos. Se levantaba al amanecer, entraba y salía poco, apenas tenía amigos, todo el día se lo pasaba estudiando. "Don Mariano se quedó ciego de tanto leer", aseguran los supervivientes de la honorable familia que le asistía. En su cotidiano trabajo no había más que dos paréntesis brevísimos, para saborear, por mañana y tarde, sendas tazas de café. "El café del Callejón" oradaba su túnel, anualmente alumbrado por un quinqué de reberbero, hacia la mitad de la calle de Mesones, en un viejísimo inmueble. El interminable oscuro callejón, daba acceso a un patio empedrado en cuyo centro, orlada de floridas macetas, había una fuente sallarina. En derredor del patio varias estancias, de bajísimo techo, que hoy parecerían sordidas al parroquiano menos exigente, cobijaban entonces a una clientela selecta. Recinto hermético, apacible, no sonaban allí más ruidos que el que producían las bolas de un billar, y el que hacía un pobre músico italiano tocando el arpa. Persona de calidad don Mariano, tenía que preferir el café de moda; pero no concurría a él. Temeroso, sin duda, de perder su tiempo, se hacía servir a domicilio la rica infusión. Durante muchísimos

(1) D. Joaquín Amigo del Olmo, figura prestigiosa del comercio granadino.

años, el camarero del "Callejón", Juan Fernández (a) el Tostón, fue el encargado del servicio; y tan a gusto del parroquiano llenaría su función, que éste no le olvidó en sus disposiciones testamentarias. Que así remuneraban antaño los caballeros cristianos a sus servidores, sin necesidad de leyes sociales ni de jurados mixtos. Era, pues, retraidísimo, hosco, hermético, concentrado en sí mismo, cualidades de carácter que resaltan en algunos episodios de su vida. Tocaba la guitarra. Fuera de las personas de la casa, nadie conocía su rara habilidad; gustaba de tocar a solas. Sorprendido, cierto día, por un muchacho de la vecindad (1), que en sus juegos encaramóse a la reja de la sala donde estaba el solitario concertista, bastó la presencia del mirón, para que el concierto acabara entre horribles disonancias, acompañadas de denuestos e improprios, y seguido todo de un violento ventanazo, a modo de calderón final. La maledicencia, que suele encontrar motivos para sus incursiones a través de la vida íntima de los solterones notables, jamás halló materia punible en la de aquel barón ejemplar. Sus costumbres honestas le pusieron a cubierto de las murmuraciones, Hay, sin embargo, y el anecdotario la registra, una curiosa escena que nos traslada la finísima sensibilidad moral de don Mariano, su celo por el buen nombre de las personas que le rodeaban, las distancias que guardaba y sabía hacer guardar, y el respeto que a sí mismo se debía. Ocurrió que, al paso de los años, hubo de enfermar y morir su primitiva ama de gobierno, una buena mujer que había traído consigo de Madrid. En sus últimos días recibió de su señor, cuidados y esmeros, que no eran sino cabal correspondencia a los dilatados servicios que ella le prestara. Noticioso el claustro de la desgracia que afligía al compañero, trasladóse la plana mayor universitaria, con el rector a la cabeza, a la casa mortuoria, para testimoniar su sentimiento al doliente. Y como le pareciera a éste cosa excesiva tan extemporáneo alarde, así lo expresó a sus visitantes, agregando ásperamente, que si era "que habían creído otra cosa", estaban equivocados. Los años y la pérdida de la visión, debieron acentuar las características de su psiquismo. Sabido es que en su época no regían, para los catedráticos, las jubilaciones por razón de edad. Unicamente la inutilidad física o la muerte aclaraban las filas. El escalafón, obstruido de viejos, era la pesadilla de los más jóvenes, que desespe-

(1) Hoy, ilustre ex decano del colegio notarial, don Felipe Campos de los Reyes.

raban en su espera por subir. Los había impacientes. Unos, mas que los otros, se distinguían por su fobia a los ancianos, y mas particularmente, por su tirria a D. Mariano.

—“Para cuando serán las pulmonías”—espetóle, cierta vez, al cruzarse con él por las galerías—¡Infame, infame!—revolvióse airado, con su bastón en alto, el cieguecito, mientras se debatía, impotente, con su ira. Enfermó; acaso desde entonces ensombrecióse más su carácter.

¡El irritable y bueno de D. Mariano! Ciego, llevaba en su frente la luz que alumbra de dentro a fuera. Ni antes de cegar vivió desvanecido por el éxito, ni después, amargado por la desgracia. En el vértice de su vida, llena de merecimientos, decíase de él que había sido un hombre sencillo, con rarezas, pero ingenuo; célibe recalcitrante que solo vivió para si mismo, en su soledad de monje, en amorosa coyunda con el creador trabajo. Al declinar—de tal guisa le alcanzamos en el curso académico de 1888 al 89—, cuando el peso de los años encorva a los humanos empujándolos hacia la tierra, era todavía don Mariano un viejecito menudo, avellanado, pero tieso. Sensible al frío iba siempre enfundado, cualquiera que fuera la estación, en su carril de abrigo. Limpio y pulcro el indumento, calzaba zapatos de vendos con guarnición de pieles, y tocaba su cabeza con el señoril sombrero de reflejos.

Su figura, originalísima, inconfundible, marcada con el sello de una personalidad propia, lo mismo en lo intelectual que en lo físico, constituía el principal ornato de las solemnidades académicas, de las reuniones claustrales, de los actos en que se rindiera culto al saber. Y hasta de las propias calles granadinas mientras pudo transitar por ellas. Ya en los últimos tiempos se hacia conducir, en un coche berlina, del que descendía a las puertas de la Universidad, ayudado por sus discípulos. Rodeado del grupo, atravesaba el ancho patio e iba a dar con su cansado cuerpo en el sillón de la cátedra, situado de espaldas a un ventanal. En los días claros, el sol, que entraba a torrentes, recortaba sobre la mesa el busto del maestro, cuya cabeza venerable, aparecía, entonces, nimbada por un doble halo de luz y de prestigio. ¡Oh poder de la evocación que, al cabo de los cuarenta y seis años, nos llevas otra vez a los viejos bancos! Somos doce o quince alumnos, veinte, no más. En el pequeño cenáculo, pronto se inicia la simpatía, que el respeto ya se le adelantó; síguéle la atención, obra

el estímulo, crece el interés, se estudia y se aprende. En círculo tan reducido, la convivencia entre el maestro y los discípulos es absoluta, el uno y los otros llegan a amarse.

¡Cuan distante el concepto de las muchedumbres que un día invadirán con estrépito el tranquilo, sosegado recinto, del aprender a saber! Para desfilar por las aulas sin pena ni gloria, para hacer que hacen sin hacer nada, para rodar, en medio de las incandescencias de la política—como ruedan sin calentarse las gotas de agua al estado esferoidal—indiferentes, apartadas del deber, casi extrañas a su genuina misión escolar; pero enfebrecidas por las pasiones de bandería.

Resistiéndose, con resistencia heroica, al desgaste de la materia el cuerpecillo flácido del maestro seguía vibrando, al conjuro de la ciencia. Y era de oír su voz entera, sonora, fuerte algo agria mientras embellecía con elocuencia, cuestiones que, si bien no eran muy áridas, tampoco se parecían a los cuentos de hadas. Feldespatos, hematites, coralinas... Hacía incapié en las coralinas. ¿Por qué? ¿Por su predicamento? No lo tenían ya. ¿Por su valor terapéutico? Tampoco. Quien sabe. Los alumnos solo sabíamos que era implacable en materia de coralinas. Como sabíamos, también, que el interés universitario nunca estaba ausente de su pensamiento. Buena prueba de su amor a la enseñanza y a la Facultad—sus dos amores—fué la donación que la hizo, a su muerte, de la biblioteca y de la valiosa colección de minerales que poseía. Y a más, un gran número de ejemplares de su flora, que la Facultad, cumpliendo la voluntad del testador, viene adjudicando, como premio, a los alumnos que sobresalen en el estudio de la Botánica.

Terminada la cátedra, volvía sobre sus pasos, y sobre su coche, para recluirse en su hogar. En su casa estaban todas sus complacencias. Encerrado en su despacho, entre libros y papeles, que se hacia leer, pasaba el día, sin concederle a su espíritu, mas vana distracción que la brevísima velada de sobremesa, amenizada por él mismo con su guitarra, que en sonando las diez, en el reloj del comedor, dábala por terminada y se iba a dormir. En el silencio de la noche, se oía entonces el “Miserere mei Dominum” que, al modo coral y en voz alta, entonaba desde su lecho antes de conciliar el sueño. Son las diez—decían los vecinos de la solitaria calle, dándole mas crédito a los cánticos del “vecino sabio”, que al reloj de la Catedral—. Así le escucharon, de padres a hijos, cerca de cuarenta y cinco años. En la placeta

de Gracia, mirando al campo, está la casa que le albergaba. En los bajos había—y hay todavía—un pequeño comercio de comestibles propiedad entonces de la familia que sin ningún género de parentesco con el ilustre botánico le cuidaba y atendía desde que murió la primitiva ama de gobierno. ¡Cuántas veces le contemplamos, apoyado en el alféizar de una de las ventanas, recibiendo los aplausos de la grey escolar! Toda manifestación estudiantil, cualquiera que fuese el motivo o la ocasión, había de hacer estancia bajo las ventanas del anciano profesor. La visita a don Mariano era obligada. Los directivos del movimiento pasaban a saludarle. El viejo, sonriente, apacible, insignificante, nos tendía su mano. Era un bendito, apesar de su genio.

De las descuidadas paredes del despacho, colgaban unos cuadros sin ningún valor. En el suelo, por los rincones, sobre las sillas, había libros, papeles y mil objetos de difícil clasificación. Sobre la mesa convivían cajas de cartón y de hojalata, trozos de minerales, frascos vacíos y frascos medio llenos de líquidos cuya turbidez denotaba el desuso y su antigüedad; muchedumbre de objetos, en rara mezcla, restos de cosas abandonadas, rotas, que se anticiparon en la muerte a su dueño. A sus alumnos nos conocía por la voz; complaciase en nombrarnos uno a uno. Enseguida se informaba del objeto de la manifestación, y si se trataba de un fin lícito y ordenado, alentaba el movimiento con su consejo y advertencias; pero si la cosa asomaba puntos y ribetes de levantisca, desbarataba, como por ensalmo, la tempestad con sus exortaciones, y en aquel punto y hora se disolvía la reunión. Que así era el respeto que infundían los maestros.

1892 señala la fecha de su jubilación. El ancianito conserva íntegro su tesoro intelectual, pero las fuerzas físicas le abandonan. El compañero impaciente no logrará, por eso, subir un puesto más en el escalafón. Dos años antes, pese a su relativa juventud, tendióle Jacob su escala y trepó por ella a las regiones de ultra tumba. 1894 marca el límite infranqueable a la vida de don Mariano. Agotado materialmente, la lucidez mental del ancianito continúa, sin embargo, asombrando a cuantas personas le rodean. Este episodio final de su dilatada vida nos revela el temple de su alma, su confianza en Dios y la integridad de sus facultades intelectuales, hasta el momento mismo de espirar. Como se agravara en la enfermedad que padecía, sus asistentes reclamaron, a toda prisa, la presencia del sacerdote, el pá-

roco de la Magdalena padre Alcoya Bleda, de grata memoria para los granadinos. Cumplida su misión sacramental al lado del enfermo, salió de la alcoba el padre Alcoya, azorado y convulso, revelando en su semblante el más profundo estupor. Era que el moribundo acababa de hacer su confesión... ¡en latín! Con la serenidad del justo entregó su alma a Dios, el 16 de enero de 1894, a los ochenta y cuatro años y cinco meses de edad. "Vita longa vita bona" la de este claro varón castellano, santo por sus virtudes, y por su sabiduría, figura príncipe de la ciencia botánica española.

En la sección segunda (bis) del segundo patio del Camposanto de Granada, está la tumba donde reposan los restos mortales del glorioso botánico español don Mariano del Amo y Mora. Todas las primaveras esparce el viento, enderredor del sepulcro, los pétalos de unos rosales que allí florecen; renovado homenaje de las flores al insigne naturalista que yace a su sombra esperando el día de la resurrección.

* / *

1935, casi en su final, no dista mucho de la fecha en que deberá conmemorarse el primer centenario de la fundación de la Facultad de Farmacia de Granada. Discursos, apologías, conferencias de carácter científico, alguna poesía elegíaca, y muchos aplausos; de todo eso habrá cosecha abundante con motivo de la conmemoración. Consideremos que la oratoria se la lleva el viento, lo escrito se archiva para no leerse jamás, y en cuanto a los aplausos, apenas cesan las palmas se extingue su vibración. De las solemnidades académicas no suele quedar nada. Y de esa vez fuerza será que quede algo perdurable. Un busto, medianamente modelado en deleznable escayola, es la única representación plástica que existe del benemérito fundador. ¿No es llegada la hora de levantarle una estatua en el patio de la Facultad? Sería el mejor homenaje a la memoria del venerable anciano, y la más sentida recordación de su obra. Honor, admiración y gratitud, al fundador de nuestra Facultad, es la herencia espiritual que las nuevas generaciones estudiantiles están llamadas a recoger. Sin recurrir a la clase farmacéutica, harto esquilada y desilusionada, los escolares, gente moza, brava y pujante, pueden y deben bastarse por sí solos para realizar la idea que apuntamos. Una cuota "voluntaria", aneja a la matrícula, bastaría para cubrir, en pocos años, los gastos necesarios.